

CUL TU ERA

PERFIL
Domingo
9 de septiembre de 2018

Lingüística funcional

Se presenta en la galería Ruth Benzacar la más reciente muestra de la artista marplatense Marie Orensanz, un conjunto de obras en las que afloran las palabras; se ven, se tocan y se escuchan.



CONTRATO DE LECTURA

En el mes del Día Internacional del Traductor, la Biblioteca Nacional organiza unas jornadas a las que asistirán traductores prestigiosos de todo el mundo. ¿La razón? Reflexionar sobre las condiciones de producción de una profesión mal paga y, en el caso de Argentina, con un marco regulatorio anacrónico. Diálogo en profundidad con algunos de los invitados más destacados.



En septiembre se conmemora el Día Internacional del Traductor y en la Biblioteca Nacional habrá una jornada a la que asistirán traductores prestigiosos de varias partes del mundo. Dialogamos con algunos de ellos para reflexionar sobre problemáticas que atraviesan a un oficio mal pago y –en nuestro país– atrasado en materia legislativa.

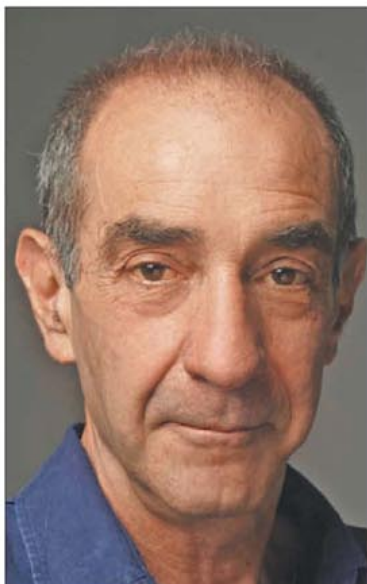
En teoría literaria se llama “pacto ficcional” –el concepto lo introdujo Eco– a una especie de “contrato” en virtud del cual el lector suspende por un rato su incredulidad y se entrega a la fábula sin aplicarle criterios de verdad, sino en todo caso parámetros de verosimilitud interna que cada género configura.

En esa ilusión novelesca, y mientras el lector se arrellana en su sillón de terciopelo verde –digámoslo así, con guiño a Cortázar–, se esfuman varias cosas. Entre ellas, el traductor. De pronto la realidad circundante pierde espesor y algunos incluso logran entrar en una dimensión pre-saussureana donde las palabras se asocian a las cosas como sin intermediación alguna.

La ilusión se rompe, a veces, cuando se topa con algún regionalismo, o cuando se advierte un giro sintáctico extraño. Ahí vuelve a aparecer entonces la arbitrariedad, la figura del traductor –porque “no fue magia”, claro–, y en algún momento puede aparecer también alguna sentencia, comúnmente banal, sobre la pertinencia de una determinada elección dialectal.

Entre los traductores, frente a esta cuestión que tiene que ver con la visibilidad de la práctica, con las huellas de su presencia, hay básicamente dos posturas. Por un lado, están quienes propician ese pacto y piensan que la traducción debe ser invisible; por otro, los que consideran que eso

GONZALO SANTOS



PRACTICAS. Desde arriba a la izquierda, en el sentido de las agujas del reloj: Marcelo Cohen, André Gabastou, Elvio Gandolfo y Pablo Ingberg.

que se está leyendo proviene de una lengua ajena que encierra una visión del mundo de la que a veces no se puede dar cuenta más que distorsionando la lengua de destino, y por lo tanto eso es lo que hacen.

El escritor Marcelo Cohen tiene esta última postura: “Adhiero más a la idea de alterar el idioma de llegada con formas ajenas que a la de forzar el original a una naturalidad autóctona; hay que rascar la corteza”, dice en uno de los ensayos que forman parte de su último libro, *Notas sobre la literatura y el sonido de las cosas*, y algo así también piensa Elvio Gandolfo: “Yo trato, cuando no hay hazañas formales en el original, de hacer una traducción fluida, aunque no evito que suene a traducción”, dice.

En esa línea, que es la que hoy parece contar con mayor consenso, Pablo Ingberg, un multipremiado traductor que ya lleva más de setenta libros traducidos –entre ellos, libros de Aristófanes, Shakespeare, Joyce, Virginia Woolf, Conrad–, señala que éste es un tema que se debate hace mucho en materia de traducción. “El asunto sería, dicho en otras palabras, si la traducción tiene que sonar a algo escrito en la lengua de destino o tiene que sonar a algo que viene de otra lengua”, dice. Lo que opina Marcelo Cohen es que se tiene que notar que es una traducción. No naturalizar, no hacer que un personaje como Raskolnikov hable como yo cuando estoy hablando con vos. Toda lengua literaria es una construcción, y cada autor en cada lengua tiene rasgos, y en la medida en que eso puede trasvasarse a la traducción, notarse en la traducción, la traducción incluso enriquece nuestra lengua, nuestra literatura: agrega posibilidades”.

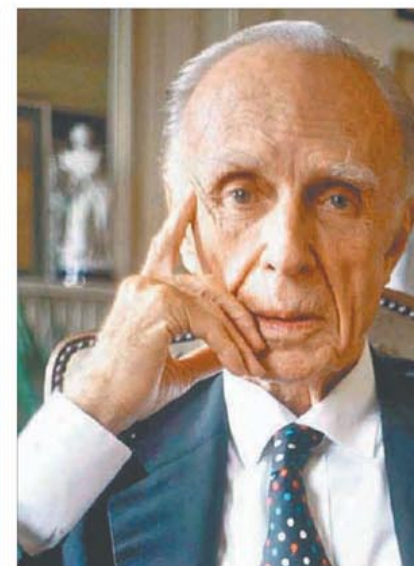
Ahora bien, quizás huelgue decirlo, pero sea cual fuera la postura estética del traductor, hay que recordar que el hecho de que pueda decidir es posible gracias a que, por suerte, traducir no es “decir lo mismo” que se dijo en otra lengua –en cuyo caso a lo mejor bastaría con el traductor de Google–, sino “casi lo mismo”, como escribió alguna vez Umberto Eco, y en ese adverbio, el “casi”, se ponen en juego todo tipo de implicancias lingüísticas, pero también políticas. El traductor sabe que su oficio consiste en ir resolviendo los distintos problemas que cada texto plantea. Entre ellos, hay algunos que son fundamentales: ¿A qué castellano traducir? ¿Qué variedad dialectal tener en cuenta? La respuesta que cada cual dé a esas preguntas implica no solo una apuesta estética sino también, y tal vez primordialmente, una ética.

Por supuesto, la decisión no es solo suya. En general, se sabe que las editoriales –las grandes, al menos– tienen mucha injerencia en este tipo de resoluciones; pero también, y como señalan varios estudios, intervienen las representaciones y valoraciones que el traductor tiene sobre la lengua o los dialectos desde –y hacia– los que está traduciendo.

Alrededor de esta cuestión, sin duda central en la práctica de la traducción, girará la próxima Jornada Internacional del Traductor, que se realizará en la Biblioteca Nacional desde el 20 hasta el 22 de septiembre y en la que participarán traductores prestigiosos de varias partes del mundo. Entre ellos, estará la italiana Gina Maneri, que tradujo, entre otros, a Saer y a Baron Biza (ver recuadro); el australiano Chris Andrews, traductor de Roberto Bolaño, César Aira y Marcelo Cohen –quien también, por cierto, participará de una mesa de debate; y la estadounidense Esther Allen, ganadora del Premio Nacional de Estados Unidos por su traducción de *Zama*, de Antonio Di Benedetto.

► Sigue en pág. 8

DÍA Y NOCHE DEL TRADUCTOR



► Viene de pág. 7

Según cuenta Pablo Ingberg, que fue el que empezó a organizar estas Jornadas, la idea le surgió durante un coloquio de traductores en Málaga.

“Participé en una mesa junto con un español y un mexicano y se armó una discusión interesante sobre ese tema de las variedades regionales y pensé por qué no reproducirlo en mayor escala, porque justo había coincidido que un par de meses antes alguien me había dicho en Argentina que las traducciones españolas son malas porque dicen ‘chaval’ y esas cosas. Y ahí en Málaga una chica me decía que una amiga suya estaba leyendo una traducción y de pronto se encontró con la palabra ‘ahorita’ y dijo: ‘Ah, no, esto es mexicano’, y dejó de leerla. Hay toda una serie de cuestiones muy superficiales sobre eso. Una traducción no es buena o mala porque diga ‘chaval’ o ‘ahorita’”, dice.

En ese sentido, Roberto Bein, doctor en Letras, experto en glotopolítica y traductología, señala una disparidad. “Hoy día nadie le reprocharía los colombianismos a Gabriel García Márquez ni el voseo a Julio Cortázar ni el laísmo a Miguel Delibes, pero no existe el mismo talante pluricéntrico con respecto a los traductores”, dice.

En general, el traductor está sujeto a distintos condicionamientos. Bein, que disertará sobre esto en la jornada, señala algunos: “Están las imposiciones de las editoriales, por ejemplo cuando se le exige al traductor una variedad ‘neutra’ que presuntamente permitiría conquistar más mercados; las expectativas de la sociedad receptora acerca de lo que es una buena traducción, las ‘tendencias deformantes’, según el término de Antoine Berman, del propio traductor que trata de embellecer o clarificar o suavizar, etcétera, el original”, dice.

Pero el mayor problema que deben afrontar los traductores –basta conversar un rato con alguno de ellos– no es de índole teórica sino económica, y máxime en una coyuntura como la actual. Si bien en los últimos años han ido obteniendo cada vez más visibilidad –hoy es usual que los nombres figuren en las tapas de los libros; la crítica literaria (si es que existe tal cosa) ya no los soslaya tanto–, lo cierto es que esta nueva atención, dice Gina Maneri, “no se refleja en una sustancial mejoría de las condiciones de trabajo, sobre todo de las eco-

El mayor problema que deben afrontar los traductores es de índole económica: unos 650 pesos cada mil palabras; aunque se negocia muy por debajo de ese número

nómicas”, y lo mismo señala André Gabastou, traductor francés que también participará de las Jornadas: “Hoy hay un reconocimiento mucho más importante del trabajo del traductor: encuentros con el público gracias a los librerías, premios, asociaciones, invitaciones de otros países, pero la situación del libro es cada vez más frágil y los pagos no cambian”, dice.

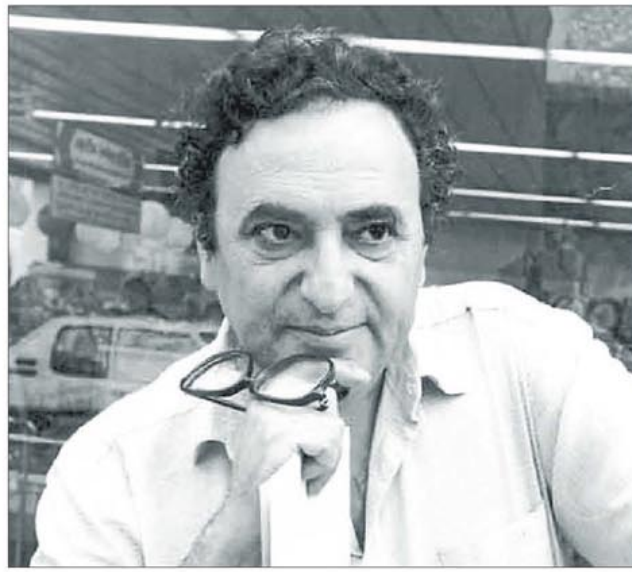
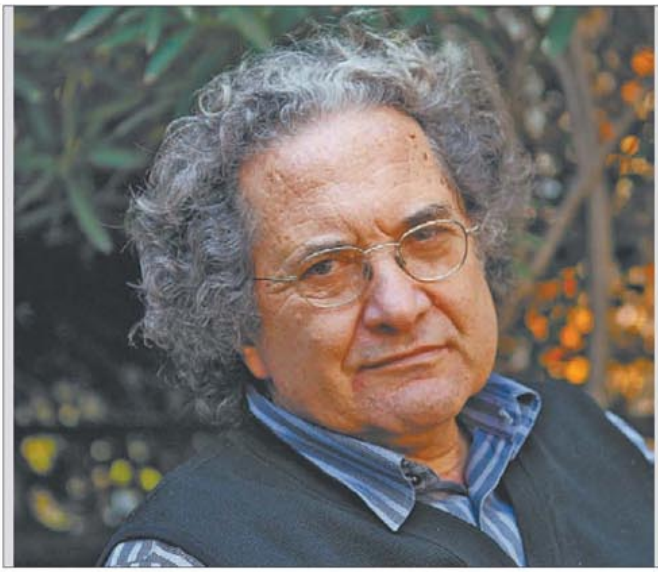
El problema, por supuesto, no es nuevo. Pablo Ingberg recuerda que “se pueden ver cosas dichas o escritas hace cincuenta años que dicen que la traducción estaba mal pagada. Lo dice Victoria Ocampo en el prólogo de una revista *Sur* de

1976 dedicada a la traducción. Lo dice Enrique Pezzoni en un artículo que forma parte de esa revista. No es nuevo. Las tarifas que se pagan son muy miserables y en general no se puede vivir de eso”, dice.

Para ponerlo en números concretos, André Gabastou, que tradujo, entre otros, a Piglia y a Bioy Casares –autor, éste último, que le gusta porque “escribe como los franceses”–, dice que en Francia “se paga entre 22 y 25 euros la página de 1.500 palabras, con espacios incluidos. Los derechos son de entre 2 y 5 por ciento al final del año. En general, nada. Ganamos casi lo mismo después de muchos años”.

En el caso de Italia, Gina Maneri cuenta que allí “las tarifas son muy variables y dependen de muchos factores, como la disponibilidad económica y la seriedad del editor y también el nombre del traductor y su poder contractual. Paradójicamente, a menudo las pequeñas editoriales independientes pagan mejor que muchos grandes grupos. Digamos que vamos de 10 a 14 euros por cuartilla de 2 mil caracteres con espacios –aproximadamente 330 palabras– en la faja más baja, hasta 15 o 20 euros por cuartilla en la medio-alta”, dice.

En lo que respecta a la Argentina, el precio de referencia que maneja la AATI (Asociación Argentina de Traductores e Intérpretes) es



MERCADO. Algunos de los escritores argentinos más traducidos después de Borges: César Aira, Antonio Di Benedetto, Adolfo Bioy Casares, Ricardo Piglia y Juan José Saer, “autor difícil”, según su traductora italiana (ver recuadro).

de \$ 650 cada mil palabras –¿unos 14 euros, al precio de hoy?–, pero según cuentan algunos traductores los contratos que se negocian suelen estar bastante por debajo de ese número y por lo tanto resulta muy difícil, si no imposible, vivir del oficio, como por cierto también sucede con los otros eslabones débiles de la industria del libro: los autores y los editores, o al menos los editores independientes.

Digamos, para que el lector pueda dimensionarlo, que un traductor puede llegar a traducir, a lo sumo, unas dos mil palabras por día. Ese es, al menos, el objetivo de máxima, o a veces la utopía. En general, el que logra llegar a las mil ya puede darse por satisfecho.

Entonces si tomamos una novela promedio, que suele tener cincuenta mil palabras, y sacamos las cuentas, la ecuación da como resultado una suma de entre veinte y treinta mil pesos por varios meses de trabajo, número que roza casi la línea de indigencia.

Pero eso no es todo; las penurias del traductor no terminan ahí. A esa remuneración irrisoria en el caso de Argentina se le suma un marco regulatorio obsoleto que todavía permite que se puedan comprar los derechos de la traducción para siempre. Dice Pablo Ingberg: “Países donde se pueda comprar derechos de autor para siempre casi no hay en el mundo. Argentina es uno de los pocos en que se sigue pudiendo. O sea, no hace falta irse a Francia para encontrar leyes que digan que la obra se puede vender en un plazo máximo: en los países que nos rodean ya hay cosas por el estilo”.

Frente a este atraso legislativo, que también se advierte en otros sectores del campo cultural –hace algún tiempo, por ejemplo, hablábamos aquí de la necesidad de una ley de patrimonio bibliográfico, o al menos de introducir alguna modificación en la ley vigente de patrimonio cultural para regular la venta de esos manuscritos que terminan en universidades extranjeras–, desde hace algunos años un grupo de traductores propuso proyecto de ley de traducción autoral que, entre otras cosas, pusiera un plazo máximo a la cesión de derechos y que contemplara la posibilidad de cobrar regalías después de

“Una traducción no es buena o mala porque diga ‘chaval’ o ‘ahorita’”, asegura Pablo Ingberg, promotor de las Jornadas que se llevarán a cabo este mes

un determinado número de ejemplares vendidos, como sucede en muchas partes del mundo. Sin embargo, la iniciativa no prosperó.

“Llegamos a presentar dos proyectos de ley, pero los dos caducaron. El segundo llegó a tener un principio de tratamiento en una comisión, pero no pudimos pasar de ahí”, dice Pablo Ingberg, y agrega que finalmente se terminó produciendo un agotamiento. “Lo que hace falta para llevar adelante esto

es una cantidad de gente importante que esté todo el tiempo yendo físicamente a golpear puertas, a hablar con gente, y es un desgaste tremendo. Hay mucha gente que fue participando y tuvo que dejar porque tenía que ocuparse de sus propias cosas”.

Estela Consigli, vicepresidenta de AATI, que también “militó” el proyecto, cuenta que “actualmente no está en marcha ninguna acción para impulsarlo”, aunque dice que ya “quedó elaborada la tercera versión que seguramente sufrirá algunas modificaciones más cuando la podamos presentar nuevamente. Pero por más que haya modificaciones, no cambiarán los reclamos básicos que venimos manteniendo desde el primer proyecto”.

Pero además del proyecto, también hay otra alternativa, que es modificar la ley 11.723 de Propiedad Intelectual e introducir un artículo que ponga un plazo máximo a la cesión de derechos. Pablo Ingberg cuenta que hace un tiempo fue convocado por el Ministerio de Justicia a debatir una posible reforma de esa ley; pero no sabe en qué quedó esa posibilidad.

Desde PERFIL, nos comunicamos con Gustavo Schötz, actual director de la Dirección Nacional de Derechos de Autor, a quien consultamos sobre el estado de situación de esa reforma.

“El Ministerio de Justicia, en la Plataforma Justicia 2020, comenzó el año pasado un debate sobre los temas que requerirían actualización, y éste fue uno de los problemas identificados”, dice, pero señala que todavía no se han logrado consensos mínimos entre los distintos sectores interesados. “Por este motivo, estamos avanzando en distintos temas que van logrando ese consenso. No hay en este momento un proyecto legislativo general que aborde todos los problemas que presenta la promoción de la creatividad y la sostenibilidad de las industrias culturales. Los derechos de los traductores por el momento quedan librados a la negociación individual entre el traductor y el editor”.

En este contexto, para Schötz una “alternativa intermedia” sería “promover una negociación paritaria entre las cámaras que representan a los editores y el sindicato de traductores, donde se planteen las bases uniformes mínimas de la contratación”.

Pero hay que decir que esta alternativa, como nos señalan algunos traductores, cuenta con un problema, que es que en Argentina no existe ningún sindicato de traductores. Pequeño detalle. ■

La experiencia de traducir a Saer y Baron Biza

GINA MANERI

En los últimos años tuve la suerte de encontrarme con un monstruo sagrado, Juan José Saer, y con un libro de culto, *El desierto y su semilla*, de Jorge Baron Biza. Me considero muy afortunada por haberlos traducido al italiano. Saer es calificado como autor "difícil", y en efecto su prosa y su literatura, tan filosófica y rica en referencias, no son nada simples. Además, me parece que ya estamos todos desacostumbrados a una prosa y una sintaxis así de complejas. —¿Culpa de las escuelas de escritura creativa norteamericanas y de su influencia en tantos escritores contemporáneos?— y nos cuesta concentrarnos en frases largas, a veces de media página o más, y llenas de subordinadas, frases que se parecen a cajas rusas. Así que la dificultad principal ha sido no perderme en esos abismos sintácticos, hacerlos inteligibles para los lectores italianos sin nor-

malizarlos demasiado, dejándome guiar por la musicalidad de la escritura, porque quiero que el lector italiano pueda leer a Saer, no una versión homogeneizada de Saer.

De Baron Biza (sin tilde, como él firmaba), se podría decir muchísimo, esa obra única que es *El desierto y su semilla* tiene además un interés particular para el público italiano ya que buena parte de la novela transcurre en Milán y otras partes de Italia en los años 60, la época del boom económico, y BB tiene una mirada muy exacta y perspicaz sobre la sociedad italiana de ese período. He disfrutado intentando recrear los cocoliches de alemán, inglés e italiano que Baron Biza utiliza "sin ninguna sistematicidad", solo para dejar constancia de que se está hablando otro idioma, "que no domina", como dice él mismo con excesiva modestia en una nota al final de la novela.



GINA MANERI. La traductora italiana fascinada por Juan José Saer y Jorge Baron Biza.

Jorge Baron Biza
IL DESERTO

"Una storia d'amore
inimmensa, un mondo
che si muove e si trasforma
e si vive."

La Monda



La Monda

Juan José Saer

LE NUVOLE

"Una storia d'amore
inimmensa, un mondo
che si muove e si trasforma
e si vive."

La Monda

